

nada a sus ojos. Haya qué matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida envidiable para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desahido de ambición y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la afición a la caza es como el amor, que donde está ha de dormir. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo; el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él; en medio de su frenesí, su podenco mismo entre las matas es un zorro; un compañero que bulle entre la jara es un ciervo, y el burro del ganadero, que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe más de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en fallarle alguna vez; su amigo perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto a las ventajitas, apelamos a todo cazador viudo. La verdad, ¿cuál cuesta menos?, ¿cual vale más?

Se entiende que estas circunstancias sólo corresponden al verdadero cazador, al cazador de Madrid, que equipada de los pies a la cabeza, de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo por la puerta de Atocha con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta a los gorriones de la pradera del Canal y se vuelve mojado y sudado al anochecer, después de haber tenido que comprar algún conejo y una caña de alondras para

..... a casa  
volver, como suele el conde  
de Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador lo ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor *El Curioso Pariente*, y le dejaré, por lo tanto, descansar sobre sus comprados laureles.

Después de haber sufrido a la intención ratos que hubieran sido muy pesados a no haberlos all-

gerado la compañía del conde y de habernos ocupado seriamente unos cuantos días en matar aquellos animales que ni nos hacían daño, ni nos estorbaban, ni podían oponernos resistencia (si bien a mí me podía tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver a probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocación, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

## LA NOCHEBUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO (1)

DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal; si tuviera que probarlo diría que en día 24 nació Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24; soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda, por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad francamente, creo que valgo más que mi criado; si así no fuese le serviría yo a él. En esto soy al revés del divino orador, que dice: *Ciudadra y go*.

en mi mano por no romperlo, ni apuntó carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree, es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de explicar en la muestra de mi pendola, y consecuente chado esperando el aguacero y sin poder conchellar el sueño. Así pasó las horas de la noche, mas larga para el triste desvelado que una guerra civil; terrención, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que cargar todo la suerte este mes, incliné la frente, codos en mi mesa y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta ó me hubiera tenido por meliano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacén embezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa y de que sólo existen menteros que no aguaridan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo en hierro una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón: veíalos empañados, y como borrosos por dentro: los vapores condensados se desizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal: así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven

de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos.

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrario, que es lo mismo; al menos no está obligado a pensar, puede fumar, puede leer la *Gaceta*.

“¡Las cuatro! ¡La comida!” me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa, en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba a exclamar como Don Quijote: “Come, Sancho hijo, come tú que no eres caballero andante y que naciste para comer”; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos... Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos tocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: “Esta noche me dirás la verdad.” Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. las miré con orgullo: “Come y bebe de mis artículos—añadí con desprecio—; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagemma se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.” Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula, que reconocía su campo.

Tercé la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fe-  
cha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco y días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: “Hoy es un aniversario”, y el pueblo ha respondido: “Pues sí es un aniversario, comamos, y comamos

doble." ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? "Pues comamos", dice el hombre; no dice: "Reflexionemos." El viene es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figúreseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente alísimas y extenuada; una mano seca y roída llevaba a una boca cárdona y negra de morder caribos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirige a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencción y la culpa, aquella agria y severa, ésta indiferente y descartada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Flora del teatro; el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las uni-

cas que conquistan. Segunda comedia: un novio es que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español; no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, cilian a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda casi sualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres; tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, edificación hecha por la Providencia de la humanidad y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo

finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él, y era preciso oír la de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del ceno. Me abrió mi criado, y no tarde en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil!—exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma, que en uno de sus cojimpios se venía sobre mí.— ¡Oiga! Está ebrio.

¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero al cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirse cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro. aquélla en figura de hombre beodo afirmado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fosforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras. Y habló y racionó; misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur, y que han rolo, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escuchan y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho tal me ha pasado; no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creermelo puede doblar la hoja: eso se aborrazará tal vez de fastidioso; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima—dijo la voz repitiendo mi piadosa ex-

clamación.— ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí?—pregunté sobrecojido ya por un terror supersticioso; y es que la voz empezaba a decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que iluminan con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi fosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? NO—pareces criminal, la justicia no te prende, al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los peñones criminales, a los que roban con garruchas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a éstos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión, que muerto asesinado por una infiel, por un ingrato, por un calumnizador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante, y esa media de seda, y ese chaleco de tisi de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No, has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao, y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo em-

bustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitude de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad. Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso lo desbrozas, hozando en el como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué fortuna! no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Oñdes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿quien me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter. Y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación; adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el tenor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo: yo, en fin, no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que soportarme mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un lósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en

los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, ballas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quemá. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro. Heles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto, el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; ¡pero tú lo estás de deseos y de impotencia!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. "¡Ahora te conozco—exclame—, día 24!"

Una lágrima, preñada de horror y desesperación, surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *Nochieruena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *Nochieruena*.